

de tan maravilloso modo, recibiendo en su lucha con las potestades del infierno consuelos celestes tan especiales, que abrian una era enteramente nueva en la historia espiritual de la Iglesia.

Por último, sus pensamientos retrocedieron hasta fijarse en el pobre Agelio y en todos los motivos privados de ansiedad que los enemigos de la Iglesia, á quienes solo ocupaba su aspecto exterior, recelaban apenas. Rogó por Agelio y sus parientes; por Juba, cuya obstinacion ofrecia caracteres tan raros; por Jucundo y Calista. ¡Ah! ¡ojalá que esta última alcanzase el glorioso objeto que parecia estarle reservado! Pero las vías del Altísimo no son las nuestras; á menudo aquellos á quienes creemos mas próximos á El, son los que se encuentran á mayor distancia; y por lo mismo nuestro santo eclesiástico puso todo en manos de Aquel á quien habia invocado, quedando satisfecho de haber cumplido por su parte.

Tales fueron las reflexiones que le ocuparon durante muchas horas, despues que hubo cerrado la puerta, como hemos dicho, y que se arrodilló ante la cruz. Pero no se habia postrado úni-

camente ante el símbolo de la redencion; pues habiendo abierto su túnica sacó una cajita de oro que llevaba colgada del cuello. En aquella cajita, asegurada con todo cuidado, estaba contenido el Santo de los Santos, su Señor y Dios. Esta divina presencia era su apoyo y guia en medio de tan fatigosas escursiones, y su alegría y consuelo en tan inmensa ansiedad; lo cual explica su dulce serenidad y su intrépida y franca resolucion. Puso el copon en la mesa ante la cual estaba arrodillado, y quedó pronto absorto en la meditacion y la oracion.

CAPITULO XIX.

Cecilio ignoraba las horas que habian pasado mientras permaneció en aquel arrobamiento. El sol iba ya á ocultarse, cuando le arrancó de sus reflexiones un ruido hecho á la puerta, y colocando apresuradamente en su sitio el sagrado tesoro, se levantó. Abrióse la puerta, y se presentó en el umbral una muger, que despues de mirar atenta-

mente al eclesiástico, dijo:—Agelio no está, pues, aquí.

Era una jóven alta y de aspecto agradable. Llevaba una túnica de algodón amarillo que le descendía hasta los pies, y los broches con que estaba sujeta á los hombros, y que se veían en parte bajo el manto corto ó chal que cubría aquellos, pudiendo en caso necesario cubrir también la cabeza, parecían destinados, no solo á asegurar su vestido, sino á proveerla de agudos puñalitos, pues tal era su forma, para defenderse si tropezaba con malvados. Aunque en la espresion de su fisonomía se conocía á la muger, sin embargo, revelaba bastante resolucion para no permitir dudar que sabría servirse de aquellas armas, en un caso apurado. Los contornos de su rostro eran regulares y la encarnacion hermosa, si bien en aquel momento muy pálida. Agradaba especialmente en ella su serenidad noble y magestuosa. Hay la serenidad de la paz divina y de la alegría; de la insensibilidad; de la desesperacion indiferente á todo; de la muerte. Pero no era ninguna de estas la serenidad que se pintaba en las facciones de la extragera que ve-

nia á turbar el celo de Cecilio. Era la serenidad de la escultura griega, y reflejaba una alma alimentada por las visiones del ingenio, y que obedecía al impulso de una voluntad enérgica. No habia apariencia alguna de timidez en sus maneras, ni tampoco era mucha su modestia. El sol poniente brillaba sobre su vestido de color de ámbar, y le hacia resplandecer como fuego; parecia envuelta en el *flammeum* nupcial, y pronta á recibir aquella tarde el dulce nombre de esposa de boca del brillante Dios del dia.

Miró á Cecilio, primero con sorpresa, y despues con ansiedad, y le dijo:—Se me figura que eres de los suyos; en tal caso, aprovecha los instantes; pues si no, antes de amanecer es fácil te veas en manos del enemigo. Huye, mientras tienes tiempo para ello.

—Soy cristiano, respondió Cecilio. ¿Y quién eres tú, que tanto te interesas en favor nuestro? ¿Has venido desde Sicca tan solo para dar la alarma á meros ateos y mágicos?

—Extrangero, replicó la jóven, si hubieses visto y oído lo que yo oí, no extrañarías mi deseo de salvar de seme-

jante suerte al ser mas despreciable de la tierra. Agítase en la ciudad una horrible chusma sedienta de sangre cristiana, y el menor impulso puede impelerla hácia Agelio. Ha partido... ¿dónde está? Se han cometido ya sangrientos ultrajes, se han perpetrado asesinatos... ¡y permaneces aquí!

—La que tan vivo interés manifiesta por los cristianos, repuso el eclesiástico, debe abrigar en el corazón algunas chispas del fuego cristiano.

Calista se sentó maquinalmente en el banco que habia junto á la puerta; pero volvió á levantarse de improviso y exclamó:

—Parte, huye, quizá vengan ya. ¿Dónde está Agelio?

—Nada temas, respondió Cecilio; Agelio ha sido conducido á un asilo seguro; en cuanto á mí, sabré preservarme, sin que sea necesaria esa prisa. Siéntate, pues. Pero, continuó, no conveniria que te encontrasen aquí.

—Me conocen, dijo Calista, soy muy conocida en Sicca, pues trabajo para los templos; y nada tengo que temer, porque no soy cristiana.

Y como si se sintiese dominada por una influencia inesplicable, se volvió á sentar.

—Aun no soy cristiana, quieres decir, repuso Cecilio.

—Señor, observó la jóven, se necesita haber nacido en el cristianismo para admitir esa religion. Es una concepcion bellísima, á lo que puedo juzgar por lo que he oido decir; pero es preciso haberla mamado con la leche materna.

—En ese supuesto, jamas hubiera entrado en el mundo.

Calista guardó silencio por algunos instantes.—Cierto, respondió al fin; pero una religion nueva empieza por apelar á lo que es especial en el entendimiento de un corto número de personas. La doctrina, al principio flotante, halla poco á poco lo que le conviene, y se apodera de esas personas que responden á su llamamiento, y se unen mediante esa influencia común. Son fuertes en su simpatía mútua; crean y esperecen en torno de sí una forma exterior de doctrina, y de este modo fundan una religion. Los hijos son educados en la fé de sus padres, y lo que era la creencia de un pequeño número de indivi-

duos, llega á ser con el tiempo la profesion de todo un pueblo. Tal es el judaismo, tal la religion de Zoroastro ó la de los Egipcios.

—En este momento, dijo el eclesiástico, los mas de los cristianos de Africa (pues de ellos puedo hablar con certeza) son personas convertidas en su edad viril y no hijos de cristianos. Por otra parte, los que han abandonado la fé y se han dirigido al Capitolio para sacrificar á los dioses, habian nacido en el cristianismo. Aquí lo he visto con mis propios ojos, y creo suceda lo mismo en los demas países.

Calista parecia hablar, antes que por obtener respuesta, por hacer objeciones. Callose de nuevo y pareció pensativa; al cabo dijo:—El género humano se compone de clases distintas, cuyas constituciones mentales son tan diversas entre sí, como los colores que se presentan á la vista. El encarnado no puede volverse azul, ni el azul encarnado; del mismo modo, un Mago no es posible se vuelva Griego, ni un Griego Celícola. Solo consiguen ponerse en ridículo, si lo intentan.

—Quizá los cristianos mas convenci-

dos, y aquellos cuyo espíritu está mas tranquilo, replicó Cecilio, te digan por el contrario, que hubo un tiempo en que aborrecian el cristianismo, y en que despreciaban y maltrataban á sus sectarios.

—Jamás, exclamó Calista, he hecho nada que se parezca á eso, desde que oí hablar del cristianismo por la primera vez. No soy su enemiga, pero no puedo creer en él; estoy segura, sí, segura.

—¿Qué es lo que en esa doctrina se te resiste á creer? preguntó el eclesiástico.

—Es una religion demasiado hermosa, respondió la jóven, para no ser un sueño. Es una teoria admirable; pero en cuanto se está cerca de sus sectarios, se vé que es irrealizable. Es una concepcion sublime; *nada* mejor que sus preceptos, á lo menos aquellos de que he oido hablar; son tan hermosos, que en principio no ofrecen dificultad alguna. El alma se los representa, como si le fuera dable cumplirlos sin esfuerzo; pero la práctica es cosa muy distinta; además de que los *dogmas* de su religion son demasiado terribles, chocantes y odiosos para creer en ellos. Me repugnan.

—¿Qué dogmas son esos? preguntó Cecilio.

—Este, por ejemplo, respondió Calista, este, del que nadie podría convenirse, á saber: que toda mi raza ha sido y continúa siendo condenada á un eterno Tártaro.

—¿No sería mejor que nos limitásemos á alguna cosa mas específica, mas palpable? preguntó gravemente Cecilio. Figúraseme que si un individuo puede merecer esa terrible suerte, no hay dificultad para que la merezca tambien otro, y dos y muchos. Supon que te concedo la intencion de querer decirme, que no creerás jamas en que te está reservado un eterno Tártaro.

Calista se estremeció, aunque levemente, y mostró cierto disgusto.

—¿No es natural, prosiguió Cecilio, que seas mas capaz de hablar y de formar juicio de tí misma, que de otras personas? Quizá, hablando primero con confianza de tí misma, te encontrases en mejor posicion para hablar de los demas.

—¿Y crees tú, preguntó Calista con tranquilo tono, que, pasada esta vida, me aguarde un Tártaro eterno?

—¿Eres feliz? le preguntó á su vez el eclesiástico. La jóven se detuvo, bajó los ojos, y con voz sorda, pero inteligible, contestó:—No.

Hubo un silencio, que el eclesiástico no tardó en romper.

—Quizá haya muchos años que eres desgraciada. ¿No es cierto? Sí, veo que convienes en ello. Sientes un peso sobre el corazon, que lo abruma, y no sabes qué peso es ese; y es probable que tu desdicha crezca en los diez primeros años que van á seguirse. Cuantos mas años cuentes, mas infeliz serás; y si llegas á la vejez, no sabrás cómo soportar la vida.

Calista, como si hubiese experimentado un dolor corporal, exclamó:

—Es verdad, sí, señor; poco importa quien te lo haya dicho. Pero ¿cómo tienes valor para echármelo en cara, para insultarme, para burlarte de mí?

—¿No lo quiera Dios! replicó Cecilio; pero, déjame proseguir. Oye, hija mia. Ten valor, y atrévete á mirar las cosas como son en sí. Tu carga se aumenta diariamente; pues tal es la ley de tu existencia actual; ley mucho mas verdadera que la que decias hace un mo-

mento con tanta confianza, al asegurar que te era imposible creer. Fuerza es que admitas lo que no es una opinion, sino un hecho. Así, esa carga de que te hablo, no es meramente un dogma de nuestra fé, sino un hecho incontestable de la naturaleza. Imposible te es cambiarlo con el deseo. Si te fuese dado vivir doscientos años en la tierra, esa ley seria cada dia mas rigurosa para tí. Al concluir tan largo espacio de tiempo, tu miseria seria tan grande, que inspiraria lástima á tu mayor enemigo.

Aunque Cecilio no apartaba los ojos de Calista, discurria como si estuviese solo ó hundido en meditacion. Habia entre ambos un singular contraste: él, ageno enteramente á cuanto le rodeaba, y ella, olvidada de sí misma, pero absor-ta en él, como lo probaban la curiosidad de sus miradas, su respiracion entrecortada y su actitud inquieta. Al cabo dijo impaciente:

—Padre, hablas contigo mismo, y me desprecias.

El eclesiástico la miró con una sonrisa sincera y dulce.

—Calista, pobre niña, no dudes de mi afecto; te llevo grabada en el cora-

zon. Algunos momentos antes de que llegases, estaba ocupado en rogar por tí. No, yo no te desprecio, pero, tratándose de tan importante asunto como es la salvacion de una alma, me agrada hablarte ante la faz de mi Dios. A tí dirijo mis palabras, créeme, hija mia, pero defendiendo igualmente Su causa contigo y ante Su trono.

Iba á faltarle la voz, tan grande era la emocion que sentia; mas, recobrándose, añadió:

—Te estaba diciendo que si vivieses muchos siglos en la tierra, al cabo de ese tiempo seria mas insoportable que nunca el peso que te abrumba el alma. Pero morirás mucho antes. Quizá me digas que entonces cesarás de existir; sin embargo, no creo sea esa tu opinion. Persuadido estoy de que piensas conmigo y con la generalidad de los hombres, que mas allá del sepulcro vivirás aún, que tu *yo* no terminará con la muerte. Seguirás siendo la misma Calista, pero despojada de estos apoyos exteriores, de estos socorros, de estos alivios de que ahora disfrutas. Serás tú misma encerrada en tí misma. Dicen que el hombre pierde su razon á la larga

si se le tiene siempre encerrado en una prision solitaria. Cuando, despues que mueras, te mires privada de lo que tenias en este mundo, y reducida á tu sola y esclusiva sociedad, creo que entonces tu carga será mucho mas pesada que hoy.

Supon, por ejemplo, que experimentas el mismo placer en conversar, y que te sea imposible satisfacerlo; la misma aficion á los poetas de tu nacion, sin medio de aprenderlos de memoria; la misma pasion á la música, sin instrumentos en que tocar; el mismo amor á la ciencia, sin nada que aprender; la misma necesidad de simpatia, sin nadie á quien amar. . . . ¿no sería esa una miseria superior á todas?

Permíteme desenvolver mas mi idea. Supon que te encuentras entonces en medio de aquellos que *no* amas ahora; supon que te repugnan, así como sus ocupaciones, y que no comprendes sus designios; supon que exista, cual aseguran los cristianos, un solo Dios Todopoderoso, al que no hayas amado ni servido; supon, por último, que ese Dios te sea revelado como el soberano Señor, en todas partes presente y digno de to-

do nuestro afecto. . . . ¿no serás aun mas digna de lástima?

Y si todo esto debiese durar eternamente, ¿no gemirías eternamente en una indecible tristeza?

Admitiendo, pues, primero, que el alma necesita de objetos exteriores en que descansar; segundo, que no tiene esperanza de encontrar nada semejante cuando deja este mundo visible; y tercero, que en el sitio á donde se traslada, terminada esta vida, el hambre, la sed y el dolor son tan vivos y tan devoradores como la llama, resultará que no hay nada de irracional en la idea de un Tártaro eterno.

—No puedo responderte, señor, dijo Calista; pero á pesar de todo, tus razones no me han convencido de la verdad de ese dogma, que tanto repugna á mi entendimiento. *Debe* haber otra solucion que lo aclare.

—Si, por otra parte, continuó Cecilio sin hacer caso de la interrupcion, todos tus pensamientos siguen una sola vía; si tienes necesidades, deseos, designios, aspiraciones que reclaman un Objeto é implican por su misma existencia, que ese Objeto existe; y si, no hallando en

la tierra nada que los satisfaga, se presenta alguno que se dice enviado por el Ser en quien está personificado este Objeto, cuyo presentimiento tienes de antemano, y enviado para hacértelo conocer y darte el remedio que buscas; si los que han ensayado este remedio convienen en atestiguar su eficacia.... ¿no estás obligada, Calista, á dirigir por lo menos la vista á esa senda, examinar lo que oyes decir de ella, y si existe pedirle Su auxilio para que te ponga en estado de creer en El?

—Eso, precisamente, es lo que una de mis esclavas acostumbraba decir, exclamó Calista.... y tambien Agelio me insinuó lo mismo.... ¿Cuál es tu remedio, tu objeto, tu amor, oh, doctor de esa religion? ¿Por qué sois todos tan misteriosos, tan reservados en vuestras comunicaciones?

Cecilio permaneció algunos instantes en silencio, y como si buscara una respuesta. Al cabo dijo:

—Todos los hombres se encuentran en ese estado en que confiesas hallarte. No tenemos amor para El, que es únicamente inmutable. Nos gustan las cosas que no duran y que pasan. En este

supuesto, Aquel á quien debemos amar ha decidido atraernos de nuevo hácia El, y por eso vino á este mundo. Su propiedad, tomando la forma humana. Y, bajo esa forma, nos abre los brazos y nos invita á volver á El, nuestro Creador. Tal es el objeto de nuestro culto, tal es nuestro amor, Calista.

—Hablas como Chione, replicó Calista; solo que ella sentía, y tú me instruyes. Siempre que hablaba de su Maestro, experimentaba una dulce emocion... Tambien Agelio.... cuando decia una palabra de su Maestro, se le subia el color....

Evidentemente el eclesiástico podia apenas dominar la viveza de sus sentimientos; y por lo mismo, ambos se sentaron en silencio algun tiempo. Luego Calista, como repitiéndose á sí misma lo que acaba de oír, dijo:

—Un Ser amado, pero ideal; una passion tan poderosa, dulce, inocente, absorbente, esclusiva, duradera, pero hácia Uno que jamas se vé.... ¡Esto es misterioso, sin duda! Es la idea que los Griegos nos formamos de lo Bello, primero y único, unas veces incorporado en una sustancia, y otras revestido de

una forma fantástica. Esto es lo que no puedo comprender.

— No hay mas que un solo Amante de las almas, exclamó Cecilio, que ama á cada uno de nosotros como si no tuviese nadie mas á quien amar. El murió por cada uno de nosotros, como si no hubiese tenido nadie mas por quien morir. Murió en la ignominiosa cruz. *Amor meus crucifixus est* (1). El amor que inspira no experimenta alteracion alguna, porque es el amor de lo Inmutable. Satisface, porque no se agota nunca. Cuanto mas nos acercamos á El, mas victoriosamente entra en nosotros; cuanto mas reside en nosotros, mas íntimamente le poseemos. Es un desposorio eterno. Esta es la razon de que nos sea tan fácil morir por nuestra fé, sacrificio que admira al mundo.

Despues de un corto intervalo, añadió:

— ¿Por qué no quieres acercarte á El? ¿Por qué no dejas á la criatura por el Criador?

Rara vez abandonaba á Calista su sangre fria; pero entonces no pudo conser-

(1) Mi amor es crucificado.

varla, y sus ojos se arrasaron en lágrimas.

— ¡Imposible! exclamó; ¡imposible! ¡Ah! ¡no me conoces, padre!

Detúvose al decir esto, y luego prosiguió en otro tono:

— ¡No! mi suerte no es la tuya. Soy hija de la Grecia, y no tengo mas dicha que la que mi brillante patria, mi gloriosa raza me da. Puedo estar contenta, resignada y orgullosa si poseo esa dicha. Debo vivir y morir donde he nacido. Soy un árbol que no permite serle trasplante. Los Asirios, los Judíos, los Egipcios tienen su doctrina mística especial; entienden á su modo la felicidad, que es muy diferente de la mia. La elevacion del espíritu, la emulacion de la inteligencia, la voz y las miradas del genio, y el corazón palpitante de entusiasmo; tal es mi existencia. A mí no me es posible vivir sin lo que tú, cristiano, llamas pecado. Déjame; quiero ser lo que me ha hecho la naturaleza. No puedo cambiar.

Esta mudanza en las maneras de Calista sorprendió singularmente á Cecilio; pero, á pesar de la penosa impresion que experimentó, sintió una estraña simpatía hácia la pobre jóven descar-

riada, y su respuesta estuvo llena de emocion.

—¿Acaso soy Judío? exclamó: ¿Soy Egipcio ó Asirio? ¿He criado y poseído, por ventura, desde mi infancia lo que ahora constitaye mi Vida, mi Esperanza y mi Amor? ¡Ah! hija mia, ¿cuál fué un dia mi conducta? ¿No soy yo tambien un tizon arrancado del fuego? ¿Soy digno de algo que no sea el mal? ¿No fué el Poder, el Poder Omnipotente del único Fuerte, del único Misericordioso, la gracia de Emmanuel la que me cambió y venció? Si El ha podido efectuar en mí, a mi edad, este cambio, ¿cómo no podria efectuarlo en una niña, cual lo eres tú? ¿Acaso yo, soberbio y duro Romano; yo, amante del placer, literato, con una posicion política, con hábitos formados, con amistades de muchos años y vínculos difíciles de romper, he realizado en mí esta gran mudanza? Por ventura, ¿mis propias fuerzas me han dado este poder de aborrecer lo que antes habia amado, de borrar de mi entendimiento lo que habia ya aprendido, y sobre todo, de olvidar lo que fuí en otro tiempo? ¿Quién nos ha hecho tan distintos el uno del otro sino El, que pue-

de, cuando es Su voluntad, hacernos semejantes? Su misma Omnipotencia es la que te trasformará, con tal que quieras someterte á la trasformacion.

Una reaccion se habia verificado en la altiva y sensible alma de la jóven Griega.

— Resulta, pues, oh sacerdote, dijo, que no pasas de ser un hombre como los demas, una criatura frágil y culpable como yo. Fácil me es encontrar infinidad de individuos que obren de la misma manera que yo; pero necesito uno que haga lo contrario, uno á quien pueda adorar. Creia que habia en tí algo especial y extraordinario, pues notaba en tu persona una mezcla de dulzura, de ternura y de fuerza, nueva para mí. Y decia en mis adentros: este, al fin, es un dios. Mis dioses son terrestres, sensuales: no los respeto ni tengo fé en ellos; pero nada hay mejor en otra parte. ¡Ay!...

Levantose de repente y exclamó con veemencia:

— Yo te creia sin pecado, y resulta que has cometido crímenes.... ¡Ah! ¿Quién me dice (continuó estremeciéndose) que valgas mas que esos viles hi-

póeritas, sacerdotes de Isis ó de Mitra, cuyas lustraciones, iniciaciones, nuevo nacimiento, ropas blancas y coronas de laurel no son mas que el instrumento y la capa de su monstruosa depravacion? Y colocó la mano sobre el broche que tenia en el hombro.

Al llegar aquí, interrumpió su discurso un ruido sordo, llevado en alas del viento, y que parecia como si muchas voces se confundiesen en una sola, suavizada por la distancia. No costó trabajo á los dos interlocutores conocer de dónde procedia.

—Amado padre, exclamó Calista, ¡ahí está el enemigo!

CAPITULO XX.

No habia tiempo para andarse en dudas ni demoras.

—¿Qué va á ser de tí, Calista? preguntó Cecilio: te harán pedazos.

—No temas por mí, padre, respondió la jóven; soy de los suyos. Me conocen. ¡Ah! no soy cristiana; no he abjurado

sus ritos; pero, en cuanto á tí, no pierdas un momento.

—Están aun algo distantes, dijo Cecilio; sin embargo, el viento nos ha advertido felizmente de su llegada.

Miró al rededor, y tomando los libros de la Sagrada Escritura que estaban sobre el banco, añadió:

—No veo aquí nada de especial valor, á escepcion de estos libros que Agelio no pudo llevar consigo. Oye, hija mia. Voy á hacerte una gran confianza, que no haria indiferentemente á cualquier persona no cristiana. Recibe este sagrado pergamino; contiene la historia de la vida terrestre de nuestro divino Maestro. En él verás quién es Aquel á quien amamos los cristianos. Lee este libro; guárdalo con cuidado, y entrégalo, cuando se te presente la ocasion, á un cristiano. El corazon me dice que no te lo presto inútilmente. En seguida le dió el Evangelio de San Lucas, y ocultó los otros dos volúmenes en los pliegues de su túnica.

—Una palabra mas, dijo Calista: quiero saber tu nombre, por si alguna vez necesitase de tí.